Plaza pública *para la edición del 23 de noviembre de 1993*

• ¿Y por qué no Solana?

• El octavo presidenciable

Miguel Ángel Granados Chapa

¿Y por qué no Fernando Solana?, se han preguntado de tiempo atrás quienes vieron integrarse las listas de presidenciables sin que figurara en ellas el secretario de Relaciones Exteriores y quedaran incluidos, en cambio políticos tan menores como Emilio Gamboa.. Y en verdad resultaba extraño que el decano del gabinete (fue secretario de Estado en diciembre de 1976, cuando la mayor parte de sus compañeros eran directores generales, o estaban aun en rangos inferiores) no fuera considerado con merecimientos para ocupar la Presidencia de la República.

Su nombre, sin embargo, ha comenzado a circular , a partir de la corrección hecha por el propio Presidente Salinas al número manejado habitualmente en los medios de prensa. Son ocho, y no siete, los precandidatos priístas, habría dicho el Ejecutivo a los columnistas a quienes invitó a comer el 9 de noviembre para anunciarles que el destape ocurrirá en diciembre o enero., no antes. Las versiones al respecto no incluyen en todos los casos la referencia a ese número, pero de cualquier modo han servido para que los observadores se pregunten sobre el octavo tapado. La más autorizada respuesta se produjo el miércoles anterior, en el Monitor de Radio Red. Los miembros del Instituto Mexicano de Estudios Políticos, encabezados por Jaime González Graf, que semana a semana

examinan allí el acontecer político nacional, presentaron las biografías de ocho, ya no de siete presidenciables priístas. E incluyeron como el octavo al canciller Solana.

No es una decisión caprichosa. Bien miradas las cosas, Solana aparece como el más completo de los miembros del gabinete. Tres veces ha sido secretario de Estado, de Comercio, de Educación y de Relaciones Exteriores. En el intervalo entre los dos últimos ministerios, desempeñó la dirección de Banamex, entonces propiedad públca, y lo convirtió en la primera institución bancaria del país. Si se considera su paso previo por la Compañía Nacional de Subsistencias Populares (donde creó Industrias Conasupo, vendida a tan buen precio en esta administración) y por la vicerrectoría de la Universidad Nacional, se completa el cuadro de sus experiencias y destrezas.

Pero no sólo eso. Solana fue, en realidad, el primer político moderno, en el sentido vigente. Sin dejarse cauutivar ni mostrar inquina hacia ese país, advirtió muy temprano, en los sesentas, la importancia estratégica de Estados Unidos para el destino nacional. Cuando México parecía una isla, percibió la necesidad de abrirse al mundo, y apenas pudo poner en práctica sus nociones, las convirtió en políticas públicas. Parece claro que ganara su pertenencia al actual equipo gobernante cuando presentó en la campaña salinista, en mayo de 1988, un certero diagnóstico sobre las relaciones entre México y sus vecinos del norte. El "descubrimiento" de Canadá, por así decirlo, como potencia a la que conviene vincularse, se produjo en esa celebrada intervención.

Otra virtud de Solana es su aprecio por los activos humanos del

sistema político nacional. Como secretario de Educación, formó un cuadro de delegados estatales en que convivieron jóvenes a quienes abrió paso en la política y la administración (varios fueron después gobernadores) con probados servidores públicos de quienes en mala hora se había prescindido. Una actitud semejante lo había conducido, tiempo atrás, a designar presidente de la Comisión Nacional de Precios (organizada por Solana a su paso por la Secretaría de Comercio), a don Raúl Salinas Lozano, que en dos sexenios había permanecido marginado, luego de ser secretario de Industria y Comercio..

En los análisis al uso sobre los factores que condicionan el nombramiento del candidato presidencial, suele subrayarse la amistad que une a algunos de los precandidatos con el Presidente que ha de hacer la designación. Aunque sólo fuera por razones de edad, Solana está fuera del círculo más íntimo del Presidente. Pero si éste depositó durante ya cinco años su confianza en el canciller para el manejo de las relaciones exteriores, no tendría por qué regatearla a la hora de la mayor decisión política.

PLAZA PÚBLICA

MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

¿Y por qué no Fernando Solana?

Si hay un octavo presidenciable, y ése fuera el secretario de Relaciones Exteriores, no habría nada de extraño en ese. Titular de tres secretarías de Estado -Comercio, Educación y la actual-, el canciller ha mostrado habilidades y destrezas por las que con iguales o mayores títulos que otros, merece figurar en el elenco de los precandidatos del PRI.

¿Y por qué no Fernando Solana?, se han preguntado de tiempo atrás quienes vieron integrarse las listas de presidenciables sin que figurara en ellas el secretario de Relaciones Exteriores y quedaran incluidos, en cambio políticos tan menores como Emilio Gamboa. Y en verdad resultaba extraño que el decano del gabinete (fue secretario de Estado en diciembre de 1976, cuando la mayor parte de sus compañeros eran directores generales, o estaban aun en rangos inferiores) no fuera considerado con merecimientos para ocupar la Presidencia de la República.

Su nombre, sin embargo, ha comenzado a circular, a partir de la corrección hecha por el propio Presidente Salinas al número manejado habitualmente en los medios de prensa. Son ocho, y no siete, los precandidatos priístas, habría dicho el Ejecutivo a los columnistas a quienes invitó a comer el 9 de noviembre para anunciarles que el destape ocurrirá en diciembre o enero, no antes. Las versiones al respecto no incluyen en todos los casos la referencia a ese número, pero de cualquier modo han servido para que los observadores se pregunten sobre el octavo tapado. La más autorizada respuesta se produjo el miércoles anterior, en el Monitor de Radio Red. Los miembros del Instituto Mexicano de Estudios Políticos, encabezados por Jaime González Graf, que semana a semana examinan allí el acontecer político nacional, presentaron las biografías de ocho, ya no de siete presidenciables priístas. E incluyeron como el octavo al canciller Solana.

No es una decisión caprichosa. Bien miradas las cosas, Solana aparece como el más completo de los miembros del gabinete. Tres veces ha sido secretario de Estado, de Comercio, de Educación y de Relaciones Exteriores. En el intervalo entre los dos últimos ministerios, desempeñó la dirección de Banamex, entonces propiedad pública, y lo convirtió en la primera institución bancaria del país. Si se considera su paso previo por la Compañía Nacional de Subsistencias Populares (donde creó Industrias Conasupo, vendida a tan buen precio en esta administración) y por la vicerrectoría de la Universidad Nacional, se completa el cuadro de sus experiencias y destrezas.

Pero no sólo eso. Solana fue, en realidad, el primer político moderno, en el sentido vigente. Sin dejarse cautivar ni mostrar inquina hacia ese país, advirtió muy temprano, en los sesentas, la importancia estratégica de Estados Unidos para el destino nacional. Cuando México parecía una isla, percibió la necesidad de abrirse al mundo, y apenas pudo poner en práctica sus nociones, las convirtió en políticas públicas. Parece claro que ganara su pertenencia al actual equipo gobernante cuando presentó en la campaña salinista, en mayo de 1988, un certero diagnóstico sobre las relaciones entre México y sus vecinos del norte. El "descubrimiento" de Canadá, por así decirlo, como potencia a la que conviene vincularse, se produjo en esa celebrada intervención.



Foto: REFORMA/Archivo

Solana fue, el primer político moderno, en el sentido vigente. Sin dejarse cautivar ni mostrar inquina hacia ese país, advirtió muy temprano la importancia estratégica de Estados Unidos para el destino nacional. Cuando México parecía una isla, percibió la necesidad de abrirse al mundo.

Otra virtud de Solana es su aprecio por los activos humanos del sistema político nacional. Como secretario de Educación, formó un cuadro de delegados estatales en que convivieron jóvenes a quienes abrió paso en la política y la administración (varios fueron después gobernadores) con probados servidores públicos de quienes en mala hora se había prescindido. Una actitud semejante lo había conducido, tiempo atrás, a designar presidente de la Comisión Nacional de Precios (organizada por Solana a su paso por la Secretaría de Comercio), a don Raúl Salinas Lozano, que en dos sexenios había permanecido marginado, luego de ser secretario de Industria y Comercio.

En los análisis al uso sobre los factores que condicionan el nombramiento del candidato presidencial, suele subrayarse la amistad que une a algunos de los precandidatos con el Presidente que ha de hacer la designación. Aunque sólo fuera por razones de edad, Solana está fuera del círculo más íntimo del Presidente. Pero si éste depositó durante ya cinco años su confianza en el canciller para el manejo de las relaciones exteriores, no tendría por qué regatearla a la hora de la mayor decisión política.

*CAJÓN DE SASTRE

Por conducto de su vocero Adolfo Aguilar Zínser, el candidato presidencial del PRD, Cuauhtémoc Cárdenas, dirigió a Diego Fernández de Cevallos, que lo es del PAN, un mensaje de felicitación que equivale a darle la bienvenida a la liza electoral. Es un gesto de civilidad que va más allá de la cortesía. No será suficiente, por supuesto, para instaurar un clima que, sin perjuicio de la exposición de juicios sobre los adversarios, imprescindible en toda campaña política, permita respetar las personas y valores encarnados por los protagonistas. Fernández de Cevallos, en su inicial discurso como candidato, había sido especialmente duro contra el perredismo, al que llamó segunda versión del PRI, sólo que sin poder. Al hablar de su propia elección, dijo que había sido eso, no destape ni coronación, aludiendo a la designación de Cárdenas sin adversario al frente. Pero en entrevista que concedió a Alejandro Caballero, de la revista Mira, Fernández de Cevallos había expresado su creencia de que "Cuauhtémoc es un hombre fundamentalmente bieñ intencionado". También dijo creer que Cárdenas "ha logrado llegar a ciertos sectores de la sociedad para acreditar, en esa forma especialísima que tiene de ser, su valor y valía. Y que ya no sería justo sustentar la idea de que aprovecha o usufructua el nombre o la historia de su padre".